

Schoenstatt, 15 de julio de 2012.
Domingo XV, Ordinario B

Homilía

Gracia y paz a ustedes de parte de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por intercesión de María Inmaculada y de San José.

Hemos escuchado en el Evangelio que "Jesús llamó consigo a los Doce y los envió de dos en dos". Es la primera misión de los Doce, la que se llevó a cabo durante la vida pública del Maestro. Él quiere que los creyentes en Él sean también sus colaboradores, que los discípulos sean también misioneros.

Los Doce, según el Evangelio, antes de ser los futuros Pastores, son los representantes de las doce tribus, es decir, del nuevo Israel mesiánico, del pueblo escatológico de Dios. Representan a toda la Iglesia, a todos los cristianos. Su misión, antes que ser aquella específica de los apóstoles, significa la misión común de todo el pueblo cristiano. Misión común, afirmada solemnemente en la primera carta de Pedro "Vosotros sois... el pueblo que Dios ha adquirido, para que proclaméis las obras admirables del que os ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa" (1Pe 2,9).

Misión común, reafirmada con fuerza por el Concilio Vaticano II: "Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra [cf. Mt 5,13-16]" (*Lumen gentium*, 9). El Concilio llama a todos los cristianos a la responsabilidad misionera. Con simpatía un predicador laico en los Estados Unidos solía iniciar sus discursos así: "Dos mil quinientos Obispos, reunidos en Roma, me han pedido que venga a anunciarles el Evangelio".

Las enseñanzas del Concilio han sido confirmadas y repetidas insistentemente por los últimos Papas. "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia,

su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar" (Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 14). "La misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales" (Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 2). "El Señor llama siempre a salir de uno mismo, a compartir con los demás los bienes que tenemos, empezando por el más precioso que es la fe" (Ibid. 49).

El texto del Concilio, que ha sido citado antes, busca no sólo despertar nuestra responsabilidad misionera, sino también invitarnos a la confianza, contra todo pesimismo, incluso cuando nuestro testimonio y nuestro apostolado parecen estériles, sin resultados apreciables. La Iglesia, según el Concilio, aún cuando parece una minoría, "una grey pequeña", continúa cooperando con Cristo, de manera misteriosa, pero eficaz, para el bien del mundo entero, para el desarrollo y la paz en la historia y para la salvación eterna de todos los hombres, cristianos y no cristianos, cristianos en plena comunión, espiritual y visible, y cristianos en comunión parcial.

Volviendo al texto del Evangelio de hoy. "Jesús llamó consigo a los Doce y los envió de dos en dos". ¿Por qué dos juntos? Los Padres de la Iglesia responden: "Para poder testimoniar el amor recíproco". Ciertamente, el texto de hoy pone en evidencia que para evangelizar, también es necesario predicar, sanar a los enfermos, ser pobres y desapegados de los bienes materiales. Pero lo primero que se necesita es el amor recíproco entre los cristianos. "Por esto sabrán todos que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros" (Jn 13,35).

Los mandó de dos en dos. Esta palabra interpela de modo específico a los cónyuges cristianos. Mandados de dos en dos son especialmente ellos; mandados de dos en dos literalmente. Su primera y fundamental misión es acoger cada día el amor esponsal de Cristo por la Iglesia, revivirlo y manifestarlo a través de su amor recíproco, haciéndose signo y presencia de Cristo en el mundo, participación de la vida divina, imagen viva y revelación permanente de Dios uno y trino. "La familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa. Todo cometido particular de la familia es la expresión y la actuación concreta de tal misión fundamental" (Juan Pablo II,

Familiaris consortio, 17). Esos cometidos derivados se evidencian en el desarrollo global de la Exhortación apostólica y son: la ayuda recíproca, la procreación generosa y responsable, el cuidado y la educación de los hijos, el empeño en el trabajo, la atención a los pobres y a los necesitados, la participación en las actividades eclesiales, las relaciones sociales y el compromiso civil. En la medida en que, animada por el Espíritu Santo, la familia cristiana cumple su misión fundamental, concretizada en los cometidos que derivan de ella, se convierte en sujeto de evangelización. Ella siempre ha sido la primera vía del Evangelio, pero hoy puede convertirse en el más grande signo de credibilidad, incluso más elocuente y persuasivo que el voluntariado y las actividades socio-caritativas.

Con ocasión del reciente Encuentro Mundial de las Familias en Milán, el Consejo Pontificio para la Familia ha comisionado al P. Marko Rupnik, S. I., un nuevo icono que hiciese visible el misterio y la misión de la familia cristiana. En el eje horizontal se coloca la familia de Nazareth (María, Jesús y José); en el eje vertical se coloca la Trinidad divina (el Padre, el fuego del Espíritu Santo, Jesús). La Trinidad se manifiesta al mundo a través de la Santa Familia. Jesús viene hacia nosotros, caminando en las manos de María, cumpliendo la promesa mesiánica hecha a David, de la cual José es heredero y testigo con la autoridad que le viene del Padre Celeste. Me parece que este icono corresponde muy bien al ideal de su Instituto, a su ideal de vida compendiado en tres palabras: "Nazareth, Immaculata, Patris".

Este ideal suyo está evocado también en el prólogo de la carta a los Efesios, que hemos escuchado como segunda lectura. "Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Él con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables a sus ojos, por el amor, y determinó, porque así lo quiso, que, por medio de Jesucristo, fuéramos sus hijos, para que alabemos y glorifiquemos la gracia con que nos ha favorecido por medio de su Hijo amado". El designio eterno de Dios Padre es el de introducir en la vida trinitaria otras personas, santas e inmaculadas, mediante su Hijo, Jesucristo. Por esto existe María Inmaculada; por esto existimos nosotros, llamados a la santidad; para esto existen las familias cristianas. Para la alabanza y la gloria del amor absolutamente gratuito de Dios Padre.

Cardenal Ennio Antonelli